

## Bar Oporto 1990: El saturado recuerdo del pavor

Por Luis Alirio Calle

Camilo Andrés Jaramillo Uribe, arreglador de cadáveres en la Funeraria San Vicente de Medellín, ha vivido ya dos vidas, una que le duró hasta los veintiún años de edad y otra de la que lleva contados veinticuatro años. Pudo haber sido el muerto número veinticuatro, o veinticinco o veintiséis, de la masacre del bar Oporto ocurrida la noche del sábado 23 de junio de 1990, fecha en la que la Selección Colombia había sido eliminada por la de Camerún en el Mundial de Fútbol Italia-90.

Aún lo asalta el miedo de que sea mentira que él haya sido uno de los únicos tres sobrevivientes de veintiséis muchachos que esa noche fueron tendidos en el suelo por un grupo de hombres enmascarados que sin motivo sabido dispararon sobre ellos ráfagas de subametralladoras y pistolas nueve milímetros. “Yo creo que no ha pasado un solo día sin que yo recuerde eso en algún momento, y hay días en los que me acuerdo de todo como en cámara lenta”. Bajo la lluvia de balas sufría lo que hoy le cuesta entender; entre disparo y disparo pensaba “estoy vivo, el tiro que sigue me mata”, y no moría, el balazo de la muerte no llegaba pero ellos seguían disparando pese a que la balacera duró segundos: “Sentía que estaba vivo y que en una milésima de segundo iba a estar muerto”, narra Camilo con el pudor de quien quisiera creer en la ocurrencia de algún misterio feliz que anuló la fatalidad de las balas que entraron en él.

Parecería difícil creer que este experto en *tanatopraxia* (arte de preparar cadáveres) sobrevivió al crimen colectivo más grande cometido en el Valle del Aburrá durante la época llamada por algunos *noche espesa* de

Medellín a cuenta de la guerra contra los carteles de la droga. Camilo Andrés habla con segura voz de locutor como si contara una historia que no es la suya.

Serían las 10:30 de la noche de ese sábado cuando más de diez tipos armados y oscuros llegaron al bar Oporto a separar a los hombres de las mujeres para matarlos a balazos luego de obligarlos a tirarse boca abajo sobre la grama que servía de parqueadero. “¡Al piso, al piso, al piso!”, recuerda Camilo Andrés que les oyó decir. Todos los hombres presentes, incluidos los empleados de la taberna, fueron baleados. Quince murieron sobre el césped, cuatro mientras eran atendidos en hospitales y clínicas esa misma noche, y de otros siete heridos cuatro más fallecieron tiempo después; el último, Reynaldo Serna, sobrevivió varios años en silla de ruedas hasta cuando dejó de vivir por complicaciones de las lesiones sufridas en el bar Oporto, del cual era el administrador. Veintitrés muchachos asesinados, tres sobrevivientes, Camilo Andrés entre ellos pese a que recibió nueve balas, una de las cuales hizo un recorrido en forma de “z” por dentro de su cuerpo.

Adriana Mesa, encargada de la parrilla en el bar Oporto, recuerda que eran las diez pasadas cuando sintió que bajaron muchos carros y se detuvieron en la entrada de la taberna; algunos de los trabajadores pensaron que era Pablo Escobar y se alegraron porque en dos ocasiones en las que había ido a Oporto el capo les dio a todos propinas muy buenas. Pero instantes después llegó a la cocina uno de los clientes a quien conocían como “Kalimán” y —según recuerda Adriana— le dijo: “Negra, escóndanse que es la ley y nos van a matar a todos”. El hombre le pidió que lo ayudara a salir por la puerta trasera que daba a la calle, pero no pudieron huir porque varios carros habían sido estacionados para bloquear esa salida.

“¡Todos pa'l parqueadero, vamos todos p'abajo, es una requisa!”, cree Adriana recordar que les oyó decir a los recién llegados. Ella y una hermana suya, más la esposa del celador y cuatro niños —dos sobrinos de Adriana y los dos hijos del celador—, se habían escondido en un pequeño cuarto a padecer el terror de que ya iban a llegar por ellos. Las muchachas acompañantes de los clientes, amenazadas para que no gritaran, fueron llevadas a un kiosco desde donde vieron cómo les disparaban a sus amigos.

—¿No sería que fueron a buscar al que usted dice que llamaban “Kalimán”?

—Aunque digan que fue por “Kalimán”, lo que uno no entiende es por qué los mataron a todos —replica Adriana. Agrega que solo lo conocía como cliente de Oporto y que así le decían, y añade palabras para hablar del miedo que se quedó a vivir con ella.

Oporto estaba situado en el costado sur de la calle 23Sur, jurisdicción de Envigado donde fueron construidas años después las unidades residenciales “Alto de San Jorge”, “Bosque de San Jorge” y “Reserva de San Jorge”, y cuya vía de acceso es hoy la carrera 27C. Nada de lo que era Oporto existe, como si lo que ocurrió no hubiera ocurrido.

“Era catastrófico”, recuerda Guillermo Rodas, habitante del barrio Zúñiga a una cuadra al oriente de donde quedaba la taberna en la vía conocida como *Loma de los Benedictinos*, la misma que separa los municipios de Envigado y Medellín en el suroriente del Valle del Aburrá.

Rodas fue la primera persona que llegó a la taberna minutos más tarde de haber oído las ráfagas de las armas y los gritos de las mujeres, instantes después de que los pistoleros salieron del lugar. “Los cuerpos de

los muchachos estaban arrumados como bultos de papa, en el parqueadero”, recuerda.

Adriana Mesa dice haber advertido en la pared por atrás de la cocina, al otro día cuando bajó a mirar, un letrero hecho con aerosol negro: “Los ricos también lloran”.

### **Vino dulce, trago amargo**

Una fotografía en blanco y negro de la entrada al bar Oporto publicada por el diario *El Colombiano* en su edición del lunes 25 de junio del 90 deja ver una puerta metálica con dos alas en anejo de alambre unidas con una cadena y asegurada con un candado. Sobre el costado izquierdo de la puerta está el nombre de la taberna, solo la palabra “Oporto” en un marco circular y simple, como una banderita que cuelga. Al fondo por la izquierda se ve la construcción, parte de ella en forma de bohío con techo de paja, y por el centro un sendero que hace pensar en la entrada a una casa de campo. La fotografía tiene un aire plomizo, de melancolía.

“¡Hombre, no soy capaz de recordar!”, exclama don Alberto Castaño Escobar como queriendo decir que prefiere no acordarse. Habla con mirada tranquila y a la vez como reteniendo una súplica; se viste con camisa y pantalón sencillos propios de *señor de edad* y camina como si le doliera la cintura; es el padre de Juan Diego Castaño Maya, uno de los jóvenes asesinados en esa taberna. Hacía cuatro años le había comprado el bar a un amigo que decía estar encartado con ese negocio. El amigo le rogó durante diez o doce días hasta cuando don Alberto fue a conocer el sitio, donde experimentó una sensación de sosiego que lo convenció más que los

ruegos del vendedor. Pensó que se lo daría a sus tres hijos —Juan Diego, Lina y Santiago— para que aprendieran a trabajar y se ganaran unos pesos, y compró el bar Oporto.

Dulce y amarga es para él la palabra. Es el nombre de una ciudad portuguesa que no conoce pero que imagina gracias al sabor del vino que produce.

Se le encharcan los ojos.

Muchos nombraban el sitio como “taberna Oporto”. Allí solían concurrir estudiantes de familias pudientes, recuerda Camilo Andrés Jaramillo, que habla de ese lugar como “uno de los barcitos de moda en Medellín”. Él cree ser el único que no tenía en sus planes ir a Oporto esa noche. De hecho, ese fue el único sábado que Camilo fue a esa taberna jalado por sus amigos, pues los días preferidos para él ir allá eran los viernes.

—¿Todavía lo asalta algún miedo?

—A veces como que me siento culpable de haberme salvado, y me pregunto: “¿por qué me salvé yo y por qué se murieron los otros?” —dice Camilo, mirando como si buscara ayuda.

“Cuando ocurrió esa cosa no volví a trabajar, no me importó nada, no volví a hablar con nadie... Hombre, me encerré en la casa... Los negocios abandonados, hombre”, se queja el dueño de Oporto don Alberto Castaño.

Era propietario del Restaurante Monserrat —especializado en comida internacional y situado en la variante Las Palmas a menos de un kilómetro del Hotel Intercontinental de Medellín— y del Restaurante Capilla del Mar en el barrio El Poblado detrás del Centro Comercial Oviedo. Este último, más tarde, se llamaría Palos de Moguer. El sábado de la

masacre salió de Monserrat a las siete de la noche. “En esa época había mucho atentado, mucha inseguridad; la gente salía poco, los negocios estaban flojos”, dice, y recuerda que en el trayecto hacia su casa, situada en el sector de La Aguacatala en el barrio El Poblado, se encontró con tres retenes de policía y ejército.

Por la eficacia de esos retenes y otros que había en diversos sitios de la ciudad se pregunta cuando siente el asedio de la nebulosa de dudas sobre la masacre en la que mataron al hijo, por cuya liberación hacía ocho meses había pagado a delincuentes comunes que lo secuestraron y lo hicieron sentir a él —el padre— como el peor de los humillados.

Adriana Mesa recuerda que muy pronto después de la matanza llegó la Policía, cosa motivo de crítica entre lo que se comenta siempre en cualquier parte donde el tema sea el suceso atroz de la *Loma de los Benedictinos* en Envigado: que ¿cómo habiendo varios retenes para llegar a cualquier sitio esa noche, a los asesinos no les pasó nada? Llegaron, entraron, mataron y se fueron, y jamás hasta hoy se ha conocido noticia de que se haya capturado y procesado a alguien por la masacre del bar Oporto. “Fue un acto tan demencial que uno siempre se preguntará: ¿quién hace eso, quién hace eso?”, advierte hoy Camilo Andrés Jaramillo.

El hijo mayor de don Alberto, Juan Diego Castaño, quien entre las ocho y las nueve de esa noche estaba en su casa con varios amigos y amigas —entre ellas su novia *Clarincita* como la nombra don Alberto— no solía pasar mucho por Oporto. Ese sábado fue allí por sugerencia de doña Lía Maya, su madre, para que además de divertirse un rato le echara un vistazo al negocio. Y tal vez serían un poco más de las diez y media cuando sonó el teléfono y don Alberto oyó, por el auricular, a *Clarincita*: “¡lo mataron!”.

Salió enloquecido en pijama y chancas a la calle en medio de la soledad del barrio a gritar “auxilio” como si al que estuvieran matando fuera a él.

No subió a Oporto, no vio a su hijo muerto, no lo vio en ataúd, no asistió al velorio, no estuvo en el funeral. Se mantuvo durante dos o tres meses “en las nubes”, recuerda, y cuenta que solo a los cuatro años, cuando se hizo en esa taberna abandonada un homenaje a los muchachos, supo lo que pasó. Camilo Andrés Jaramillo, que había sobrevivido a las heridas de nueve balazos, le contó.

### **En lo oscuro la memoria**

En la pared justo detrás del puesto de trabajo de Camilo como Gerente de Servicios de la Funeraria San Vicente, hay colgada una copia de un cuadro del artista antioqueño Jorge Botero Luján, conocido por sus pinturas de tipos gruesos y en penumbras, como guardaespaldas. Seis hombres, cada uno envuelto en su propia oscuridad, están ante el cuerpo desnudo y sin vida de una mujer, blanca como alguna madona medieval. Son los hombres un sacerdote que mira al vacío, un militar de rango con gafas oscuras, atrás de éstos un policía en traje de campaña que no mira a nadie, y tres civiles, dos cabizbajos, como los capturados ante las cámaras, y uno más de espaldas, sin camisa y con una mano en la cabeza. Ninguno mira a la mujer, que no tiene mirada. El título del cuadro es *Madre Patria*.

— Camilo, ¿usted ha querido decir algo de lo que no ha tenido la oportunidad de hablar?

— Pues, hombre... Que aunque se habló mucho de lo ocurrido en Oporto, al fin eso quedó como si hubiera sido un atraco en cualquier parte, como el asalto callejero a alguna panadería... Que ocurrió Oporto y después

vinieron las bombas, siguieron los secuestros, luego mil cosas más, una noticia se comió la otra, un evento se comió el otro, y punto, y nos vamos saturando de ver y ver y ver, y entonces la memoria la vamos como ligando a muchas cosas malas. Esta es una memoria con unas connotaciones muy negativas.

—¿Qué cambió Oporto en usted?

—Me di cuenta de que yo sí era parte de una sociedad y de un fenómeno que estaba sucediendo; uno pensaba que eso de la violencia era para otros... Y vi que no podía seguir viviendo irresponsablemente aplazando los sueños, la vida.

—¿Será que su trabajo en una funeraria es efecto de casi haber muerto?

—Mucha gente piensa eso... Yo lo que tengo claro es que este trabajo me gusta, incluso desde niño, y que yo no trabajo por la muerte ni con la muerte; todo lo que hago es para exaltar la vida, para ayudar a los que están vivos.

Adriana Mesa se acuerda de que la noche de la matanza los muchachos trabajadores del bar habían llegado como aburridos, como si les hubiera pasado a todos una misma cosa. “Uno sí quisiera saber por qué hicieron eso, porque cuando uno no sabe por qué, se pasa la vida imaginándose cosas... La vida no funciona sin explicación, mire que cuando uno es niño la única pregunta es: *¿por qué?*”, dice Adriana.

Don Alberto Castaño no tiene claro el recuerdo de si fue poco o mucho tiempo después del crimen de Oporto que llegó a sus manos un cartel que días antes de la masacre había alertado sobre un “sábado negro” en Medellín. Ignora si circuló en toda la ciudad o solo en la zona de El



Poblado, y habla de ello como si se tratara de una revelación y no una amenaza.

Recurrentes son sus cavilaciones en un letrero que él nunca vio y que supuestamente decía “los ricos también lloran”, en los numerosos e inútiles retenes de las autoridades por toda la ciudad, en ese panfleto sobre un “sábado negro” que alguien le hizo llegar a él después de la masacre: “Yo no te puedo decir qué personas hicieron eso porque no hay pruebas... En ese tiempo se hablaba de una ruptura con Pablo Escobar... Mataban policías, hombre... Había requisas, allanamientos, quitada de armas”, dice y esculca en su memoria. “Este es un país muy martirizado, de malos gobiernos, un país que ha crecido a la diabla... Y a nadie le preocupa si esto va a mejorar o va a seguir igual... Hombre, yo pienso que va a empeorar porque hay mucho odio social”...

—¿Tiene odio, usted?

—Tengo odio contra lo que me hicieron a mí, y porque no hay responsables... Yo quisiera ver que se investigó, que se establecieron responsabilidades, que se aclaró por qué se hizo eso.

—¿Por qué no demandó?

— Yo no creo en la justicia, hombre.

—¿Qué sabe de las otras familias víctimas de “Oporto”?

—Muy poco... o prácticamente nada, hombre. Tuve dos demandas de familias de trabajadores, que porque yo tenía la culpa por no tener armas de defensa ahí... A mí me defendió un doctor muy querido. Eso aumentó la impresión en mí... Me dolía que la gente creyera que yo era el culpable.

—¿Quisiera poder olvidar?

—Hombre, eso es imposible... Pero la memoria es necesaria a ver si mejora en algo la conciencia colectiva, si despertamos un poquitico... ¿Cómo va uno a olvidar, hombre?, uno necesita saber quién hizo eso, qué castigo recibió, si no, esta es una memoria a medias, se siente uno impotente... Con perdón tuyo, uno se siente *un güevón*.

El otrora dueño de Oporto hace sentir que en la vigilia y en los sueños la impotencia choca contra la atrocidad como un mar tempestuoso contra los acantilados.

En sus formas de contar lo que han vivido don Alberto, Camilo y Adriana después de aquellos hechos, parece haber suficientes señales para concluir que la atmósfera que quedó ha estado invariablemente enrarecida por la desinformación, el prejuicio y el miedo, y por una suerte de desmemoria que parece propósito de sociedad y Estado; ésta —la desmemoria— entendida como actitud, y distinta al olvido, que suele ser un efecto. Camilo Andrés alguna vez oyó decir que familiares de algunos de los muchachos asesinados intentaron motivar una investigación de lo sucedido, pero que fueron amenazados y nada de eso prosperó.

A causa del miedo él fue el primer sobreviviente dado de alta a pesar de haber sufrido nueve impactos de bala; a los tres días de la masacre ya no estaba en el hospital porque uno de sus tíos se empeñó en que fuera trasladado a un lugar donde estuviera más seguro. Sin embargo él pensaba que no lo buscarían para rematarlo porque ni él ni nadie le vieron la cara a los pistoleros. Ya en Oporto habían intentado rematarlo y los asesinos se fueron convencidos de haberlo hecho.

“Estuve consciente cuando dejaron de disparar. Sentía un dolor muy fuerte en un brazo. De pronto empezaron como a rematar. Alguien llegó a

darme patadas, yo estaba volteado como de medio lado y tenía los ojos abiertos —yo no sé cómo piensa uno en esos momentos pero imaginaba que si los cerraba creerían que estaba vivo—; entonces el tipo se agachó con la pistola, o una metralleta, no me acuerdo qué, y me golpeó la cara y me disparó en el pecho. Después le dijo a otro: ‘este *hijueputa* gordo ya viajó’, y se alejó”.

No retuvo la imagen del arma con que el hombre le disparó en el pecho, ni siquiera recuerda si la vio, pero momentos antes había visto que los asesinos tenían pistolas *pietro beretta* y subametralladoras *UZI*. Conocía de armas porque solía ir a practicar a los clubes de tiro Cazadiana y Los Ánades, muy mentados en Medellín.

Camilo dice creer que la masacre del bar Oporto fue cometida por lo que él llama “un tercero” con el propósito de crear caos, producir pánico. Su sentimiento es que aquel fue un acto sumamente demencial como para haber sido cometido por alguna fuerza armada del Estado, y le parece que los mafiosos siempre han tenido un modo muy particular de proceder en casos como éste: saben por quién van, no acaban con todo el mundo.

La que a muchas personas les parece ausencia sistemática de investigación de hechos como el de Oporto, y en consecuencia negación de información oficial, suele propiciar especulaciones, zozobras, prejuicios que finalmente hasta generan más pavor que los mismos zarpazos del terror.

El miedo era en realidad casi que el habitante más notable en Medellín en 1990. A menudo las noticias daban cuenta de matanzas de muchachos en esquinas de barrios populares sin que de los victimarios se supiera nunca nada, y de asesinatos de policías, ordenados, según la información hasta hoy vigente, por Pablo Escobar como modo de

responder a la guerra que emprendió el gobierno contra el llamado *Cartel de Medellín* en respuesta al terrorismo que los autodenominados *Extraditables* desataron con pavor y sangre para presionar la abolición de la ley de extradición de colombianos a Estados Unidos. Don Alberto Castaño recuerda que entonces se decía que la Policía estaba ofendida por los asesinatos de uniformados y porque no hubiese por ello manifestaciones de la ciudadanía, como si los policías no le dolieran a nadie.

Camilo Andrés hace un repaso de cosas ocurridas para referirse al vacío de una memoria saturada de oscuridades. Echa mano del miedo para explicar la actitud de muchas víctimas de la violencia que prefirieron dejar el dolor quieto para no provocar nuevas acciones de los favorecidos por la impunidad. Habla casi sin querer acordarse pero con la indignación a flor de piel a cuenta de lo inaceptable.

El arreglador de cadáveres en la Funeraria San Vicente —oficio que quizás procure a Camilo Andrés la sensación de hacer con la muerte lo que no pudo por las vidas de sus amigos, y que acaso mitigue en algo esa extraña “culpa” de ser sobreviviente— hace sentir que a cuenta de cosas como la de Oporto, la memoria de la gente está poblada de miedo a lo que pueda suceder y a que no se sepa nada después de lo que sucede. La nuestra —habría dicho quizás si la pregunta alzara la mano— es una memoria plomiza, llena de pavor y de melancolía como la foto de la entrada al bar Oporto después de la noche del sábado 23 de junio de 1990.